

Capítulo 2

La construcción discursiva del espejo. Propuesta de análisis crítico del discurso para la literatura duartiana

La obra (es decir, el discurso escrito o secundario), así como la réplica del diálogo, busca la respuesta del otro (de los otros), persigue *una comprensión de respuesta activa*, y lo hace bajo todo tipo de formas: buscará ejercer una influencia didáctica sobre el lector para lograr la adhesión de su convicción, para suscitar su apreciación crítica, para incitar a los fanáticos o continuadores, etc. La obra (el discurso) *predetermina las posiciones de respuesta del otro* en las condiciones complejas del intercambio verbal de una esfera cultural dada. La obra es un eslabón en la cadena del intercambio verbal; semejante a la réplica del diálogo, ella se une a las obras enunciadas: a aquellas a las cuales responde y a aquellas que le responden, y al mismo tiempo, se asemeja en esto a la réplica del diálogo, está separada por la frontera absoluta de la alternancia de los sujetos hablantes (M. Bajtin).

Este capítulo explica y justifica la metodología que se seguirá para realizar la hermenéutica crítica de los distintos “espejos de Duarte”, la que será encuadrada en la corriente investigativa conocida como “análisis del discurso”.

Dados los fines prácticos y el interés político del presente estudio, se ha considerado como la perspectiva más adecuada el denominado “análisis crítico del discurso” (Fairclough & Wodak, 2001; van Dijk, 2010; 2009; 1999). Dentro de la amplia literatura sobre análisis crítico del discurso —que más que una escuela, se refiere a una práctica intelectual orientada a la transformación de las relaciones de dominación en la sociedad— se ha optado por reconstruir la arquitectónica desarrollada por la educadora y lingüista colombiana María Cristina Martínez (Gaviria, 2005; Martínez, 2001; 2004; 2005; 2005b; 2005c) siguiendo las observaciones crítico-hermenéuticas de Teun van Dijk

sobre los discursos racistas (van Dijk, 2003; 2009b) y la teoría de la enunciación que remite a los trabajos pioneros de Émile Benveniste (Ducrot, 1985; Todorov, 1995).

El aporte, clave para el presente estudio, de la perspectiva desarrollada por M. C. Martínez radica en que posibilita indagar críticamente las relaciones de poder y las representaciones ideológicas que instauran los discursos escritos específicamente relacionados con la esfera política (Gaviria, 2005; van Dijk, 2001). El filtro ofrecido por van Dijk muestra la importancia del racismo de las élites en la construcción de las identidades modernas en Europa y América Latina. Por su parte, los aportes de la teoría de la enunciación ayudan a hacer conciencia de la pluralidad de sujetos y voces enunciativas implicadas en el discurso. Para reconocer los alcances y límites de la perspectiva de Martínez, serán definidos en primer lugar algunos términos fundamentales asociados a la denominada “teoría lingüística de la enunciación”. En segundo lugar, se describirán los aspectos generales que guían la propuesta de Martínez. Después, se desarrollará en dos bloques una relectura idiosincrásica de la misma, indicando los puntos donde el racismo de las élites implica un aspecto particular a ser atendido en el discurso duartiano.

En el primer bloque de la relectura de Martínez se describen sistemáticamente los pasos a través de los cuales se constituye la identidad de los sujetos discursivos en la *dinámica enunciativa*, estableciendo un “contrato implícito” entre el locutor y aquellas personas a quienes dice dirigirse. Este “contrato” acaba dando un rol o identidad social al locutor y a sus destinatarios, cuyas figuras son creadas en y por el mismo discurso. Los roles sociales construidos por el discurso están orientados a establecer una *relación de poder* entre el locutor y sus destinatarios, siempre a favor de la *estrategia comunicativa* del primero. En el caso que nos ocupa, Duarte siempre quedará situado del lado de la representación hispanista de la identidad dominicana, en detrimento de las mayorías afrodescendientes y del establecimiento de relaciones de justicia con el pueblo haitiano, considerado por cierto imaginario nacionalista de tradición oral como “descendiente de esclavos negros africanos sin raíces en la isla”.

En el segundo bloque se desarrollan, también de manera sistemática, los pasos por los que se configura esta relación de poder entre el locutor y sus destinatarios. Se muestra en qué sentido el objetivo último de la relación de poder establecida por el locutor no apunta a ella misma, sino a legitimar e imponer la figura de un nuevo sujeto histórico *deseado* —poco importa si consciente o inconscientemente— por el acto discursivo (cfr. De Certeau, 1978/1993). En el fondo, los discursos son *figuras del deseo*. En las enunciaciones de los discursos hegemónicos sobre Duarte a ser estudiados se trata, sobre todo, del “modelo ideal de dominicano” que el locutor propone a sus destinatarios. Todo “buen dominicano” debe “seguir los ideales de Duarte” que el discurso pretende reproducir e interpretar fielmente. Estos ideales de Duarte coinciden, en sus rasgos principales, con la ideología del progreso de las élites políticas criollas dominicanas, compuestas básicamente por representantes públicos de la “ciudad letrada masculina capitaléña”, a los que critica, no sin cierto desparpajo, el biógrafo dominicano Rufino Martínez (1971, p. 489-490).

Dentro de esta consideración crítica del discurso inspirada en María Cristina Martínez, se evidencia que la piedra angular de la estrategia discursiva radica en la construcción de la figura de un *Tercero*, una especie de espacio de entendimiento temático o de “juez imparcial y super-calificado” que es convocado por el discurso (a semejanza del coro en la tragedia griega) para dirimir los conflictos axiológicos supuestamente inherentes al contexto enunciativo y que distancian al locutor de sus destinatarios. En la acción discursiva, la figura del Tercero, en tanto construcción de la imagen de aquello sobre lo que se habla, crea un terreno común, “ideal” y “autorizado” a la vez, entre las opiniones del locutor y las (generalmente supuestas) opiniones de los destinatarios. El Tercero es una figura eminentemente *intertextual* (Martínez, 2005c, p. 6)⁴², esencial para los fines retóricos del discurso; pero también suele ser la proyección del deseo del locutor o la perso-

42 Para un estudio del rico sentido de la intertextualidad desde la recuperación de Bajtin realizada por Julia Kristeva, ver Martínez Alfaro (1996). Para la relación entre intertextualidad y retórica, ver Plett (1999). Ver además la compleja ampliación de la intertextualidad realizada por Genette (1989).

nificación bellamente disfrazada de sus intereses políticos (Habermas, 1968/1994). Lo que Martínez, siguiendo a Bajtin, llama “Tercero” es lo que metafóricamente se llama “espejo” en la presente obra, tomando en cuenta *ese recurrente objeto del deseo* que habita la historiografía nacionalista con alcances hegemónicos: la Patria. Por esta raíz bajtiniana, el modelo aquí propuesto participa de la crítica al método formal de los estudios literarios y se interna en un enfoque asociado al estudio ideológico de la producción literaria (Bajtin, 1982, pp. 248-323).

1. Definición de algunos términos fundamentales desde la teoría lingüística de la enunciación

Desde los años 60, especialmente con los trabajos de Émile Benveniste, se ha desarrollado una disciplina lingüística que se conoce como “teoría de la enunciación”. Esta teoría se explica en buena medida como una reacción al formalismo del estudio cientificista de la lengua emprendido por el estructuralismo de Ferdinand de Saussure (Ducrot, 1985, p. 1122; Todorov, 1995; Bitonte y Grigüelo, 2011). Su objetivo principal es encontrar las “huellas” (*traces*) del *acto de enunciación* en su producto, que es el *enunciado* (Reyes, 1990, p. 134).

El estructuralismo lingüístico de De Saussure fue criticado por tres razones fundamentales. Primero, reducía el estudio de la realidad lingüística a un constructo teórico binario altamente problemático. Se limitaba a hacer dos distinciones fundamentales con vistas a crear una impresión de univocidad terminológica en los estudios lingüísticos, congraciándose con una perspectiva propia del positivismo científico entonces imperante. Por un lado, aparecía un objeto formal de estudio lingüístico llamado la “lengua” (*langue*), entendida como un código lingüístico compuesto por términos unívocos y reglas sintácticas claras; por otro lado, aparecía otro objeto de estudio opuesto a este primero, el “habla” (*parole*), entendida como el uso concreto de la lengua por un individuo dentro de una comunidad que comparte la misma lengua. La más mínima observación empírica hará constatar que no existe una “lengua” en el sentido señalado, pues los idiomas (que es lo que más se parecería a una “lengua” en la experiencia humana más generaliza-

da) están atravesados por dinámicas constantes de resignificación y por usos equívocos, tanto buscados como no buscados. Segundo, el enfoque de De Saussure reducía la función del lenguaje a mera transmisión de información, haciendo de la lengua una especie de instrumento o mero vehículo para trasvasar datos informativos. Tercero, este enfoque prescindía de la subjetividad, pues básicamente se centraba en el uso de las reglas de la lengua en el habla de determinados individuos o grupos asimilados a individuos, dejando en la sombra el mundo de los deseos o intenciones de los sujetos hablantes.

La escuela de Benveniste se apoyaba a su vez en la llamada “Escuela de Praga” (ver Ducrot & Schaeffer, 1995, p. 185), más específicamente, en los trabajos de Roman Jakobson (1963). Puede decirse que las reflexiones de Jakobson constituyen el punto de partida más socorrido para las teorías de la enunciación. En efecto, las críticas al esquema comunicativo de Roman Jakobson han ido creando una serie de distinciones terminológicas que a su vez han permitido un alto refinamiento en el análisis de los textos discursivos. Recordemos en primer lugar el esquema de Jakobson para luego señalar las críticas que son más interesantes para el análisis del discurso que aquí se propone. A partir de estas críticas se definirán los términos fundamentales a ser utilizados en el análisis propuesto, con vistas a garantizar sistematicidad en el trabajo y evitar equívocos susceptibles de hacer perder de vista los objetivos críticos buscados. En realidad, no existe un consenso absoluto de cómo designar y comprender los elementos que entran en juego en la enunciación de un discurso. Pero se verá en qué sentido la tradición que remonta a Benveniste y a Jakobson —y a través de este a Charles S. Peirce— permite hacer algunas distinciones terminológicas fáciles de aceptar en el mundo de los estudios lingüísticos. Al mismo tiempo, se mostrará cuán pertinentes resultan estas distinciones para afinar la comprensión crítica de los textos que se presentan a sí mismos como historiográficos.

Como ya se ha dicho, el esquema comunicativo de Jakobson ha servido como punto de referencia fundamental para reflexiones más críticas acerca del discurso (Kerbrat-Orecchioni, 1980, pp. 11-33). Jakobson parte, como es de esperarse, de una crítica a la reducción

formalista del lenguaje hecha por el estructuralismo. En base a esta intuición —de vocación pragmático-lingüística— el esquema de Jakobson ha seguido sirviendo para construir propuestas más completas que permitan una comprensión crítica de la enunciación. Puede considerarse su eje articulador el esfuerzo consciente de no reducir el acto comunicativo a la mera transmisión de informaciones (Ducrot, 1980, p. 2).

El esquema informacional clásico identificaba tan solo tres elementos constitutivos de la comunicación: emisor-mensaje-receptor. Jakobson (1963, pp. 209 ss.) sugiere en cambio seis “factores inalienables de la comunicación verbal” (p. 214) y de ellos deduce sendas *funciones lingüísticas diferentes* que simultáneamente operan en el acto comunicativo. Por esta vía, pretende corregir el “modelo tradicional del lenguaje”, elucidado en concreto por Karl Bühler, que reconocía solo tres funciones lingüísticas: la emotiva, la conativa y la referencial (p. 216). Conviene visualizar ambos —factores de la comunicación y funciones lingüísticas— en un solo esquema para captar mejor el movimiento de conjunto de la propuesta de Jakobson.

